

**SOLIDARIDAD**  
Anselmo Lorenzo

Sp 800  
30

# SOLIDARIDAD

FOR

**ANSELMO LORENZO**

CONFERENCIA SOCIOLÓGICA

leída en Solidaridad Obrera el 31 de Octubre de 1908 ;  
dos discursos del autor en el primer Congreso Obrero de Barcelona  
en Junio de 1870, tomados de « La Federación »  
y una carta al Congreso de S. O. en Septiembre de 1908.

PRECIO : **15** CENTIMOS

EL BENEFICIO, DEDUCIDO EL COSTE DE LA EDICIÓN, SE  
DESTINA A SOLIDARIDAD CON LOS PRESOS SOCIALES

**BARCELONA**

Sociedad Arte de Imprimir

Nueva San Francisco, 7, pral.

1909

## Conferencia sociológica

leída en Solidaridad Obrera el 31 de Octubre de 1908; dos discursos del autor en el primer Congreso Obrero de Barcelona en Junio de 1870, tomados de «La Federación» y una carta al Congreso de S. O. en Septiembre de 1908.

## SOLIDARIDAD

### Advertencia

*La Asociación del Arte de Imprimir, de Barcelona, editora del presente trabajo, ha creído útil, para la solidaridad de los trabajadores, unirle dos manifestaciones del autor. Esta utilidad consiste en evidenciar que el pensamiento revolucionario emancipador que hoy anima al sindicalismo moderno, con su método de lucha hacia la huelga general y su aspiración a la transformación de la propiedad, es el mismo que animaba a la Asociación Internacional de los Trabajadores, y que la constitución del proletariado internacional en corporación independiente de todo partido político burgués, sin exceptuar el radicalismo republicano, nacionalista al fin y estacionario respecto de la usurpación propietaria, no concuerda, no puede concordar con la conservación del privilegio social, que siempre dejan a cubierto todos los partidos burgueses, aun aquellos de carácter más popular; porque la tendencia general de los trabajadores, sin distinción de razas ni naciones, se dirige a la transformación de la sociedad para que todos y todas participen sin exclusión ni privilegio del patrimonio universal.*

*A través de las fechas de 1870 y 1908 resulta patente que el proletariado conoció la verdad y la justicia desde el principio de su constitución, y ese mismo conocimiento le inspira en el momento actual como garantía positiva de su futuro triunfo.*

## Discurso de Lorenzo en pro de la resistencia obrera en la tercera sesión del Congreso de Barcelona (Junio de 1870).

Compañeros:

No creía tener aquí ocasión de hablar de nuestra competencia en las cuestiones científicas, puesta en duda por los que ejercen el monopolio de la ciencia; por lo mismo celebro la circunstancia que me obliga a hablar de ella.

Ya en otras ocasiones me he mezclado entre los hombres de ciencia para decirles con la sencillez con que lo dice un obrero lo que pensaba respecto a las cuestiones económicas y sociales. Ahora creo un deber y una felicísima oportunidad manifestar mi opinión de que los únicos verdaderamente competentes para tratar la cuestión social son los obreros, y voy a probarlo.

Todas las clases privilegiadas, al tratar de dichas cuestiones, se inspiran en un criterio mezquino, en un criterio egoísta que suele estar influido además por el respeto tradicional con que se miran ciertos hombres eminentes; no miran, por consiguiente, la Justicia ni la personalidad humana como es necesario mirarla, solamente se inspiran en los intereses creados, y sólo con arreglo a ellos entienden las reformas, tratando de armonizar siempre lo que existe, lo presente, con las reformas futuras, y de esta manera no se va nunca al triunfo de la Justicia. Por esto opino que aquellos que no tienen ningún interés que conservar, que pueden proclamar libremente la personalidad humana, y que tras de sí no dejan explota-

dos son los únicos que, dirigiéndose a los que tienen enfrente pueden decirles: Yo, que soy un ser igual a vosotros por naturaleza, aunque en la consideración social nos separan muchos grados de distancia, tengo el derecho de protestar contra esta organización social, contra esta mentida ciencia que reconoce esta desigualdad y que quiere armonizar a los capitalistas y a los obreros, armonía imposible, porque es lo mismo que decir: tú has nacido para ser pobre y tú para ser rico; en lugar de decir: hemos nacido para ser hombres, que es lo único racional y justo.

Aquí se ha indicado también algo respecto a la incompetencia de los pocos años: como firmante del dictamen que se discute y como yo tampoco soy viejo, diré que la inteligencia no está vinculada en la vejez, y que cuando con intención se quieren penetrar y analizar las cuestiones, lo mismo puede equivocarse un hombre de 100 años que un mozalbete de 20, y lo mismo puede tener sentido común un anciano que un joven.

Al redactar el dictamen, lejos de inspirarnos en el criterio de los explotadores, nos hemos inspirado en el criterio de la igualdad humana. Hemos visto que a esta igualdad no se camina aceptando las soluciones que indican los economistas, puesto que no pretenden sino que continúe la injusticia que hoy existe; hemos afirmado nuestra personalidad, hemos afirmado que tenemos derecho a su completo desenvolvimiento y hemos encontrado que la clase privilegiada no nos lo reconoce. Es necesario, pues, que nos emancipe-

mos, lo cual significa que hemos de rescatar los derechos que son el complemento de nuestra personalidad y que nos usurpa la clase privilegiada. Naturalmente ellos por su parte no pueden cederlos, están interesados en conservarlos; vemos además que todas las manifestaciones de esta misma clase tienden siempre a conservarlos; vemos también que todos los argumentos que indican son variantes de una misma cosa, dentro de la cual siempre queda la injusticia de que nos lamentamos. Por lo mismo hemos creído que no hay más remedio que, afirmando nuestra personalidad y el derecho que tenemos a emanciparnos, proclamar la resistencia completa, abierta y franca.

No tenemos otras armas que la resistencia misma, a cualquiera otra a que apelemos siempre resultará que nuestros adversarios, dueños del poder y de la riqueza, podrán oponernos elementos superiores, insuperables para nosotros; en cambio la resistencia es infalible e invencible. Pensando bien, dándose cuenta cada cual de lo que hace, de lo que es en la sociedad, de lo que podríamos hacer unidos a nuestros hermanos, no tendría razón de existir la miseria y la abyección; no sería posible que los que nos agobian con sus privilegios vistiesen lujosos trajes y se paseasen en magníficas carretelas, dándonos en cambio de nuestro trabajo, tiranía, desprecio y opresión. Si, pues, todos nos damos cuenta del papel que desempeñamos en la sociedad y del principio que nos mueve a la afirmación de nuestra personalidad y del fin que nos proponemos, que es la emancipación completa, llegará un día en que por virtud y re-

sultado de estos principios, nosotros, trabajadores, por medio de una resistencia universalmente organizada, pondremos mano en los inmensos medios de que disponen nuestros enemigos, obligándoles a abandonar sus injustificables privilegios, porque ellos son impotentes para resolver nada ante una paralización general de los trabajadores. Se dirá que este género de resistencia destruye la riqueza. ¿Y qué es la riqueza? La razón demuestra que no hay más riqueza positiva que el trabajo; no el dinero, que éste sólo es un agente intermediario entre la producción y el consumo. Si se considera como riqueza el dinero es cierto que durante la lucha se pierde mucho. Pero a nosotros ¿qué nos importa? Nosotros que no participamos de la riqueza general, a pesar de tener preferente derecho por nuestro trabajo, ¿qué perdemos con esa pérdida de falsa riqueza? Si de pan negro, humilde traje y miserable albergue no nos dejan pasar, ¿qué perdemos con que nuestros enemigos pierdan algunas de sus comodidades? Ellos lo sentirán, que no pueden pasar sin el goce de sus constantes privilegios nosotros sabemos demasiado qué son privaciones.

Pues bien, en cambio de haber perdido esta parte de riqueza, que poco nos importa, habremos conquistado una riqueza inmensa, la riqueza del Derecho, la riqueza del complemento de la personalidad humana, esto es, la felicidad de llamarles nuestros hermanos; porque no es nuestro objeto, como ellos creen, ponernos en su lugar y consumir una obra de venganza, sino tan sólo ejercer una obra de justicia. Por lo mismo sólo son nuestros enemigos



mientras están frente a frente, pero conseguido el resultado de nuestra obra, realizado nuestro ideal, serán nuestros amigos, les tenderemos una mano fraternal y tendrán la vergüenza de haber de sufrir nuestro perdón.

He dicho. (*Vivos y prolongados aplausos*)

## Discurso de Lorenzo en contra de la política en la novena sesión del Congreso de Barcelona (Junio de 1870).

Compañeros:

En pocas palabras voy a demostrar la conveniencia de aceptar el dictamen presentado por la comisión.

La Asociación Internacional de los Trabajadores tiene un principio y una aspiración bien definidos. El principio en que se funda es la reciprocidad de los deberes y los derechos. La aspiración representa la práctica de este principio. Tiene además una organización que constituye una fuerza para conseguir esta aspiración. Esta organización existe en otros países; nosotros la conocíamos y simpatizábamos con sus principios, sus aspiraciones y hasta con los medios empleados para conseguirlo pero necesitábamos ponernos de acuerdo; necesitábamos ayudar a los compañeros internacionales en su obra para tener derecho a participar de los beneficios de su consecución.

Por esto nos hemos reunido. Este Congreso, en el que están representadas diferentes comarcas de la región española se ha reunido para ponernos de acuerdo los trabajadores españoles y unirnos a los de otros países. La resolución que hemos adoptado respecto de la resistencia y respecto de la cooperación son la prueba de este hecho. Parece natural que no deberíamos ocuparnos en otra cosa más que en el desenvolvimiento de estos principios y en trabajar dentro de esta organización que aceptamos; pero se presenta otra muy importante; se presenta la cuestión política. La política tiene

cierto carácter absorbente, como lo tiene todo lo que hasta aquí ha pretendido llevar la iniciativa en el progreso.

Hasta ahora toda iniciativa, toda idea de reforma ha partido siempre de la esfera del privilegio. No me meto yo ahora a juzgar los diferentes sistemas y diferentes ideas iniciadoras de reformas pero insisto en mi afirmación y añado que el pueblo ha sido siempre una masa inconsciente que ha prestado su apoyo a aquel que le ha prometido más, a aquel que ha señalado más males en las clases trabajadoras y ha prometido más inmediatamente su curación.

No se ha tratado de analizar si las reformas prometidas concordaban con los principios en que se fundaban, sólo se atendía a la esperanza. La idea política, sea cualquiera el partido que la profese, nace de la esfera del privilegio, y el pueblo en la cuestión política es sólo elemento secundario, sostén de aquellos que, nacidos de la esfera del privilegio, toman la iniciativa en esta clase de reformas y pretenden que sigamos como hasta aquí prestándoles nuestro concurso, porque sin él no llegarían al poder. Pero esto ha de cesar si los trabajadores en todas partes se organizan sobre la base de un principio bien definido y una aspiración bien determinada y adoptan también una organización conforme con este principio y con esta aspiración, hasta llegar lógica y necesariamente al triunfo. Nosotros, pues, no debemos ni podemos, bajo ningún concepto, sin abdicar, prestar nuestro apoyo a otra fuerza que no sea la nuestra, la que entraña esta misma asociación, debiendo considerar que

tomar parte como colectividad la clase obrera en las luchas políticas, es, además de una abdicación, someternos a nuestros enemigos y es reconocer que nuestro principio y que nuestra organización son impotentes para conseguir el fin que nos proponemos.

Todos los demás partidos, hasta los que se presentan como más radicales, no coinciden con nuestras aspiraciones, porque el que en nuestras luchas políticas tiene el carácter más radical, sólo habla de libertad, pero deja subsistente la desigualdad económica.

Con esa libertad acompañada de la desigualdad, las clases que disfrutaban privilegios son las que pueden desenvolverse conforme con los medios que estos mismos privilegios les conceden, mientras que las clases desheredadas, aquellas sobre quienes pesan los privilegios de las otras clases, por más que se escriban en las constituciones cuantos derechos se quieran, como no tienen medios económicos, carecen también de medios de desenvolvimiento y estarán siempre subyugadas, porque, privadas de la ciencia y de la riqueza, forzosamente quedarán reducidas a la miseria y la ignorancia. Por lo mismo, como la aspiración de todos los partidos llamados radicales sólo es el afianzamiento de esta libertad, que no es más que una palabra escrita en las constituciones, y nosotros nos proponemos combatir la desigualdad económica, porque la libertad sin la igualdad es una vana palabra, nosotros, que vamos a establecer la justicia y a hacer que la libertad y la igualdad sean

una misma cosa, tenemos un fin enteramente diferente del que se proponen los partidos políticos más radicales.

Por consiguiente no debemos, sin abdicar, sin reconocer que no tenemos confianza en nuestros principios, unirnos a ningún partido político, sino que debemos sólo reconocer que la desigualdad económica pesa sobre nosotros y debemos tratar de destruir esta desigualdad. Para ello debemos proclamar que nos bastan nuestros principios y nuestra organización.

Pero aún hay más: se nos puede decir que para combatir a nuestros enemigos podemos aceptar una alianza con aquellos partidos con quienes más afinidad tengamos; pero esto no conviene, porque demasiado sabéis lo que son las alianzas entre colectividades que tienen diferente objeto; la una trata de imponerse a la otra; la más astuta al fin se impone, y después considera a la otra como enemiga, porque como tiene derecho a protestar de este dominio, en nombre de la ayuda que ha prestado, la vencedora trata por todos los medios posibles de acallar y hasta destruir los medios que le puede dar el derecho que tiene por la participación que haya tenido en el triunfo de esta alianza. Y de esto podría citar ejemplos; sin ir más lejos, la revolución de Septiembre, que no ha sido más que el resultado de una unión en la cual se han reunido elementos diversos y el uno se ha impuesto a los demás, nos presenta tanta lucha entre los que se habían coaligado para luchar, como entre los partidos que tienen las ideas más opuestas. Por lo

mismo, queda demostrado que entre nosotros y los partidos políticos, hasta los más radicales, hay diferencia de objeto; que nuestra Asociación tiene medios de triunfar sin alianza de ningún género, y queda también demostrado que las alianzas entre los que se cree que haya más unidad de miras, siempre que no haya unidad completa, es perjudicial.

He dicho. (*Bien, aplausos.*)

## Al primer Congreso Regional de Solidaridad Obrera (Septiembre de 1908).

Compañeros:

Permitid que un delegado al primer Congreso Obrero Español, celebrado en Barcelona en 1870, como si dijéramos un rezagado de otra generación, salude al primer Congreso de Solidaridad Obrera.

Entre aquel y este Congreso, a 38 años de distancia, en que han ocurrido graves y trascendentales acontecimientos, hay analogía y hay continuidad.

Analogía, porque entonces como ahora, partiendo de la tiranía del salario —transformación de la esclavitud y de la servidumbre— y de la aspiración a librarse de ella, se trataba, como se trata hoy, de formular enérgica y perenne protesta contra la usurpación propietario-capitalista y de celebrar un pacto de solidaridad entre todos los trabajadores.

Continuidad, porque de las ideas de aquel Congreso, de la organización resultante, de su propaganda, de la lucha desde entonces emprendida contra el privilegio, de los acontecimientos prósperos y adversos que constituyen la historia moderna del proletariado español se ha nutrido la inteligencia de los trabajadores de España, de gran parte de los de la América meridional y hasta ha llegado a influir en la determinación de la voluntad de los fundadores de la Confederación General del Trabajo de Francia y esa inteligencia se

manifestará en vuestros acuerdos como se ha manifestado en todos los actos precursores de este Congreso.

No es, por tanto, nueva vuestra obra, ni siquiera una renovación, es una continuación.

Vais o debéis ir sencillamente a quitar los obstáculos opuestos por privilegiados y mandarines en el camino de la emancipación del trabajo, trazado por vuestros antecesores.

No podéis olvidar, aunque deseéis ardientemente libraros de la situación en que la lucha social nos ha colocado, que vuestra obra es para lo futuro; no vais o no debéis ir a obtener una mezquina ventaja actual y por lo mismo pasajera, sino a sentar un precedente necesario para el triunfo definitivo de la justicia social, y sólo a esta condición merecerá vuestro Congreso digna mención histórica.

Ante la indiferencia ignorante de las masas, se presenta la actividad consciente de los pensadores obreros, dividida en dos criterios: el idealista y el práctico.

Ni el uno ni el otro tiene derecho a la tutela exclusiva de los trabajadores. Con la mano puesta en el corazón un idealista os lo asegura.

Dentro de la más estricta buena fe, ambos aspiran al bien; pero los idealistas, combatiendo la arbitrariedad y negando el error, no digo que llegarán, pero pueden llegar a caer en el vacío sin hallar la realidad para su ideal, y los prácticos, beneficiando el presente, no



digo que crearán, pero pueden crear grandes obstáculos al progreso y a su finalidad.

Tampoco podéis resolveros a ser eclécticos, a escogerlo mejor de ambos criterios, porque pondríais vuestra mentalidad a merced de la de otros, y además porque no está probado que la verdad sea el justo medio entre dos criterios, erróneos por ser dos siendo una la verdad.

¿Cómo resolver el conflicto, puesto que su solución corresponde al tiempo, y nosotros sólo poseemos el fugaz presente?

Sencillamente: Confiando en estos aforismos de La Internacional, que condicionan vuestra conducta sindicalista y revolucionaria: La emancipación de los trabajadores ha de ser obra propia; rechazamos el privilegio hasta cuando nos beneficia; la solución del problema social no puede ser local, ni nacional, sino internacional; es decir, constituyendo la unidad productora, en que los trabajadores, adquiriendo conciencia, se unan a los conscientes, y unidos en una acción común a través de las fronteras y de los mares, formen una humanidad nueva y borren de todas las patrias la usurpación propietaria, legalizada hasta el día por los Códigos de todas las naciones civilizadas, con la complicidad de las religiones, de los sistemas filosóficos y hasta de las revoluciones políticas.

Esa usurpación es nuestra cadena, y no se es libre ni digno cubriéndola de flores, ni olvidándola en torpe indiferencia, ni excep-

tuándose individual o colectivamente de ella para aumentar la opresión de otros, sino destruyéndola para siempre.

Compañeros, salud.

Anselmo Lorenzo

Barcelona, 5 Septiembre 1908.

## SOLIDARIDAD

SOLIDARIDAD OBRERA quiere organizar una serie de conferencias en que, hombres conocedores de las distintas divisiones y subdivisiones de la Ciencia, vengan a hacernos partícipes de sus conocimientos.

Como en esa exposición científica no existe, no puede existir, un método previo, porque ha de hallarse a merced de la eventualidad de circunstancias de tiempo y de personas que no pueden sujetarse a un plan fijo; como se dará el caso, como sucede siempre en corporaciones que recurren a diversos conferenciantes, que un día se tratarán asuntos cuyos conocimientos necesariamente previos se darán después o no se darán nunca; como además puede ocurrir que sobre asuntos sociales, filosóficos y jurídicos vengan aquí, más que verdades demostradas, representaciones de las diversas escuelas que elaboran la verdad, se ha creído necesario empezar por una conferencia que defina el carácter, la razón de ser y la finalidad de esta institución, que afirme su justificación íntima y que pueda servir de criterio racional para juzgar las hipótesis que se presenten.

Para este trabajo no puede recurrirse a un externo, a un profesional intelectual; forzosamente ha de echarse mano de uno de casa, de la familia, de una víctima de la acesión, tomado entre los positivamente penetrados del pensamiento y del sentimiento que anima a esta institución, brote de la buena semilla, de La Internacional, manifestación de la vitalidad del Proletariado mundial, y se me ha

honrado designándome para este menester; distinción que, merézcala o no, he aceptado, a pesar de mi imposibilidad física, no seguro de mi posibilidad intelectual, deseoso de cumplir debidamente mi cometido en bien de mis compañeros los trabajadores.

### **Aforismo fundamental**

Cuando se lanzó al mundo este aforismo: «No hay deberes sin derechos, ni derechos sin deberes», no sólo se expuso una verdad abstracta y una aspiración de justicia, sino que se dejó sentado un criterio de certidumbre en sociología.

En efecto, considérense las relaciones humanas en todos y cada uno de sus puntos de vista, véase si existe entre ellas reciprocidad de deberes y derechos, y si del examen resulta la negación, la injusticia es flagrante; más aún, la medida de esa misma injusticia la suministra la misma falta de reciprocidad a la vez que queda prometida su reparación con la indefectible promesa del progreso.

Que la sociedad actual se halla en enorme déficit ante esa certidumbre de justicia, todo el mundo lo reconoce; que a su reparación van únicamente los trabajadores, lo demuestra el hecho que de ese aforismo sea el proletariado internacional la única entidad que le tome como programa, como objetivo y como ideal.

Otra demostración, otra garantía más de verdad y de acierto consiste en la generalidad verdaderamente humana de ese programa, de ese objetivo, de ese ideal, con su carácter de práctico y de ur-

gente, comparado con los oportunismos, las contemplaciones y los aplazamientos que forman el alma de la sociología burguesa.

Recójense las manifestaciones puramente obreras, de los asalariados, de los oprimidos y despojados por el inicuo derecho de acceso en todo el mundo civilizado, y se verá su identidad y su grandeza, no sólo teórica, sino práctica; no limitada a reconocerse todos como compañeros, ni siquiera a declarar que no quieren el privilegio ni en su propio beneficio, ni tampoco a poner la fraternidad humana sobre razas, religiones, fronteras, idiomas y clases, sino interviniendo de hecho, no sólo en las contiendas económicas nacionales e internacionales, sino tratando de imponer la paz en el mundo, imposibilitando la guerra, con la intervención de su gran poder solidario, con la amenaza y, si fuera preciso, con la práctica de la huelga general. Aquella protesta contra la guerra franco-prusiana, que antes de dispararse el primer cañonazo fundió en fraternal sentimiento a obreros de París y de Berlín, ha fructificado, y, frente al jingoísmo burgués americano, inglés, francés y alemán, inhumano, perturbador y antiprogresivo, se manifiesta humanitaria y grande la tendencia a convertirse en potencia pacificadora la unión internacional de los trabajadores. Y, como consecuencia, el conflicto de la paz armada que tanto daña a las naciones en su hacienda, en su trabajo, en su moralidad y en su higiene —porque el militarismo es una plaga desde cualquier punto de vista que se le considere— insoluble para los gobernantes a pesar de sus deseos de reducir los armamentos por convenio mutuo, queda resuelto hoy y en espe-

ranza de positiva realización futura por esa solidaridad, por esa mancomunidad, por esa fraternidad que, frente al fracaso de los diplomáticos, los reducidos a miseria perpetua y a sistemática ignorancia han podido y han sabido idear y realizar.

### **Torpezas del privilegio**

¡Oh, privilegio maldito y torpe! ¡Gocémonos en el inverosímil contraste! Mientras los hombres que dirigen los Estados y gobiernan las naciones contrarían lo que pudiéramos llamar sociología natural, y ponen el sello al absurdo y a la incongruencia asociando el «amaos los unos a los otros», como cristianos, con el «si vis pacem para bellum» (si quieres la paz prepara la guerra), como desconfiados, los trabajadores reavivan la tendencia a la ayuda mutua, que asocia a los individuos que viven juntos, que une en pactos y confederaciones los grupos que pueblan distintas regiones separadas por accidentes geográficos, y que facilita la celebración de tratados de amistad, cambio y transporte hasta entre los antípodas

Hay en la sociedad humana un fermento de error y de injusticia, consecuencia natural de haberse procedido necesariamente desde la ignorancia primitiva a la realización de una obra que ha de ser resumen de sabiduría. No pudo reunirse un congreso de sabios antes que el hombre-mono o antropopiteca de que nos hablan los naturalistas sintieran necesidad de asociarse para la caza, la pesca o la defensa, y las primitivas costumbres, con la intervención de los débiles astutos y de los fuertes desaprensivos, fueron formando la

base de esa jurisprudencia —derecho escrito en pugna con el derecho natural— que hoy nos sujeta con la fuerza coercitiva del código penal, después de haber acumulado en la historia páginas tristísimas de desolación y dolor, y de esterilizar para el bien general los maravillosos adelantos científicos, hasta el punto de que las eminencias de la sabiduría en nuestros días califican de bárbara y atrasada la sociedad moderna.

Ernesto Haeckel ha dicho: «Hay importantes dominios de la vida moral y de las relaciones sociales, sobre los cuales no podemos reivindicar más que un débil progreso con relación a los siglos anteriores, y frecuentemente, por desgracia, hallamos un retroceso».

Bien lo ha reconocido el proletariado mundial en su juicio sobre la propiedad y sus principales manifestaciones la accesión y la herencia, que otorga a los propietarios el patrimonio universal, que despoja a los trabajadores del fruto de su trabajo y que lega a los hijos de los usurpadores la riqueza natural y producida y deja en el más mísero despojo a los hijos de los productores asalariados, situación que Elíseo Reclús sintetiza de este modo:

En sentido inverso del trabajo se distribuyen los productos del trabajo. El ocioso tiene todos los derechos, incluso el de reducir al hambre a su semejante, en tanto que el trabajador no siempre tiene el derecho de morir de hambre en silencio: se le encarcela cuando es culpable de huelga.

Tamaña iniquidad, que cuenta en el mundo tantos siglos de existencia como la autoridad —la que sin duda se fundó para proteger aquélla con pretexto de salvar el orden— se sostiene sobre un sofisma que merece ser conocido y divulgado. En la famosa encíclica *Rerum novarum*, como resumen de argucias economistas, se lee:

El objeto del trabajo, el fin próximo que se propone el que trabaja, es la propiedad privada, pues si emplea sus fuerzas y su ingenio en provecho de otro, lo hace para proporcionarse de este modo lo necesario a la vida, y así con su trabajo adquiere verdadero y perfecto derecho, no ya sólo de exigir el precio debido, sino de invertirlo según su voluntad. Luego si con sus economías logra constituir un fondo de ahorros y para asegurarlo mejor lo invierte en la compra de un terreno, ese terreno no es en último resultado otra cosa que el salario mismo, cambiado de forma, y consecuentemente propiedad suya, ni más ni menos que el mismo salario.

Un hombre reverenciado como oráculo infalible, más con el asentimiento de todos los propietarios que de todos los creyentes, ha dicho lo que queda transcrito. Vosotros diréis si, con el jornal sujeto al régimen restrictivo de la oferta y la demanda, que falta en la crisis de sobreproducción y que se anula por completo cuando se os reemplaza por la máquina, podéis inscribiros en el Registro de la Propiedad, echar coche, abonaros al Liceo y alcanzar la categoría



de propietarios con derecho de accesión sobre el trabajo de los jornaleros. Eso sin ahondar en lo de la compra y venta de terrenos.

### **Capacidad progresiva del proletariado**

Ha sido necesario llegar al desprestigio universal de cuanto sirve de sostén al privilegio para que, como única entidad salvadora de la humanidad y exclusivo agente progresivo, viniera el proletariado, la clase social ínfima, la que soporta todas las demás clases y a la que nadie puede culpar de causante de la desgracia de clases inferiores, a reivindicar la inmanencia del derecho humano, a instaurar para todos sin exclusivismo alguno el derecho a la evolución, complemento necesario del derecho a vivir.

Dichosos nosotros, compañeros, que en medio de las duras vicisitudes de nuestra existencia, sobre sentir la satisfacción de considerarnos los principales sostenedores de la sociedad humana, sentimos además la de ser sus más activos agentes de progreso, gloria que ni siquiera pudieron comprender ni ambicionar los parias, detritus humanos, seres inferiores a lo más inmundo y despreciable que pudiera existir ante la consideración del brahmán; los ilotas, autóctonos vencidos de Esparta, que los rudos espartanos habían esclavizado y embrutecido hasta sumirlos en el vicio para hacer más odiosa su condición; los esclavos griegos y romanos, sobre cuyo trabajo descansaba el derecho de ciudadanía de sus opresores; los siervos del terruño de la Edad Media, que eran un accesorio de la propiedad territorial del señor feudal, a la par que las yuntas o los

aperos de labranza, y que han dejado como triste recuerdo de su estado la indignidad histórica conocida con el nombre de derecho de pernada; los negros africanos, que han dado su vida y su libertad para el esplendor de América, recibiendo en pago el desprecio y el linchamiento.

Nosotros, herederos de tanto infeliz, fortalecidos por los avances de la evolución y, por incapacidad de los privilegiados que no pueden avanzar con el bagaje de sus usurpaciones, moralmente libres y dispuestos a continuar la gran obra humana, emancipados de toda tutela, nos sentimos, no sectarios, no partidarios, no reformadores, somos los ejecutores testamentarios de los héroes de la libertad y de la igualdad que en todos los tiempos y en todos los países anunciaron la buena nueva y por ella se sacrificaron; somos el Proletariado militante continuador de La Internacional.

La Asociación Internacional de los Trabajadores, bueno es recordarlo, fue una organización compuesta de grandes grupos de trabajadores de todas las naciones, o al menos de aquellas en que los progresos de la civilización, por lo mismo que son grandes, hacen inexcusables las iniquidades producto de la desigualdad.

Su principal razón de ser estaba en la incongruencia existente entre los hechos sociales y las doctrinas religiosas, filosóficas y políticas en circulación; mansas, suaves, armónicas y humanitarias éstas, al decir de sus apologistas, y ferozmente crueles aquéllos.

Su objetivo consistía en atraer hacia sí a cuantos, víctimas de la injusticia, sin distinción de raza, ni de creencia, aspiran a la emancipación propia y a la justificación de la sociedad

Sus medios eran la resistencia económica contra el capital en sus secciones y federaciones, y el estudio de la sociología, elaborado en sus círculos, formulado en sus congresos y difundido por sus periódicos.

Cuando en la prensa obrera, en las reuniones de propaganda y en los documentos emanados de los distintos organismos de la Asociación se hablaba de sus principios, de su vitalidad, de su fuerza y de su ideal, quería decirse, y así lo entendía todo el mundo, que aquellos atributos eran propios del proletariado internacional en cuanto unido en un pensamiento, una voluntad y una acción se dirigía a la realización de un fin perfectamente racional.

De modo que el proletariado, movido por el conjunto histórico que constituye la evolución progresiva de la humanidad y llegado al punto decisivo, al momento psicológico preciso, oyó el grito de Carlos Marx: «¡Trabajadores de todos los países, asociaos!» abandonó el atomismo insolidario que lo retenía en la esclavitud y se constituyó en personalidad colectiva, y eso continúa siendo, y eso será hasta el día glorioso del triunfo de la Revolución Social.

La Internacional, *dice Reclus*, nació espontáneamente entre trabajadores y hambrientos que pertenecían a todas las naciones y se reconocían hermanos por la volun-

tad común. Los astrónomos, los geógrafos y los viajeros habían descubierto la unidad material del planeta, y unos humildes obreros ingleses, alemanes, suizos, franceses, tanto más dichosos amándose por cuanto habían sido destinados al odio recíproco, expresándose difícilmente en una lengua que no era la suya, se unían en un mismo grupo para formar una sola nación, con desprecio de todas las tradiciones y de las leyes de sus gobiernos respectivos. Esa unidad moral, esa humanidad que los filósofos habían vislumbrado y que muchos consideraban como un sueño imposible, llegaba al fin a un principio de realización en las calles fangosas de Londres, bajo la niebla pesada, amarillenta y fuliginosa.

La Revolución, que dio el triunfo a la Burguesía en 1789 y se estacionó en ese triunfo, quedó moralmente postergada por la Evolución, que dio vida, ánimos e ideal sublime y positivo al Proletariado en 1864.

Si el tercer estado, la Burguesía, según la fórmula de Sieyes: «¿Qué es el tercer estado? —Nada. —¿Qué ha de ser? —Todo» llegó a ser todo, dejando burlados a los *jacques* y a los *sanscalottes* (campesinos y obreros revolucionarios), que tras la fraseología jacobina, análoga a la de los radicales del día, continuaron siendo el hombre-cosa de la legislación romana, el Proletariado, inspirado y potente se presentaba dispuesto a desvanecer privilegios y exclu-

sivismos, a hacer obra de cohesión y armonía, a refundir las razas, las castas, las clases, las ortodoxias, las sectas, pequeñas humanidades antagónicas y enemigas, en la humanidad verdadera sobre la base de la igualdad social y de la libertad sin la menor restricción autoritaria ni reserva privilegiada.

A partir de tan solemne instante pónese raya a todos los pesimismo, y un optimismo consolador, bello, idílico, pero positivo, repite estas palabras de Spencer: «El porvenir nos reserva formas sociales ante cuyo esplendor palidecerían todos los sistemas de organización ideal que pudiéramos formular hoy».

Tanto y más aún que las sectas, las escuelas, los partidos y los aduladores de los poderosos que redujeron la maldad a fórmulas filosóficas y jurídicas para justificar y legalizar el privilegio, que inculcaron la creencia en la mentira e impusieron a las masas la sumisión a los mandarines privilegiados, levántase la voz de los proletarios diciendo:

«Los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender a constituir nuevos privilegios, sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes. La emancipación de los trabajadores no es un problema local ni nacional, sino que interesad todas las naciones civilizadas.» (Estatutos de La Internacional)

«Todos deben ser productores» (Congreso obrero internacional de Ginebra, 1866)

«La falta de instrucción conduce a la miseria, la miseria al embrutecimiento, el embrutecimiento al crimen, el crimen al presidio, el presidio al envilecimiento, que es peor que la misma muerte» (Congreso de Lausana, 1867)

«La tierra y los grandes instrumentos de producción y de cambio deben ser propiedad de la sociedad universal, entregándose a título usufructuario a las colectividades productoras, científicas, artísticas, industriales y agrícolas» (Congreso de Bruselas, 1868)

«El Congreso reconoce que la herencia debe ser completa y radicalmente abolida, y que esta abolición es una de las condiciones indispensables a la libertad del trabajo» (Congreso de Basilea, 1869)

«El Congreso declara que la Asociación Internacional de los Trabajadores quiere practicar con todos los trabajadores del mundo, sea cual fuere la organización que se den, la solidaridad en la lucha contra el capital para realizar la emancipación del trabajo» (Congreso de Ginebra, 1873)

«Considerando que el respeto recíproco con relación a los medios empleados en los diferentes países por los trabajadores para llegar a la emancipación del proletariado

es un deber que se impone a todos y que todos aceptan, el Congreso declara que los obreros de cada país son los mejores jueces de los medios más convenientes que han de emplear para la propaganda. La Internacional simpatiza con estos obreros, en todos los casos, siempre que no tengan relación con los partidos burgueses, cualesquiera que éstos sean» (Congreso de Berna, 1876.)

¿Quién no ve en esas sencillas indicaciones, prescindiendo de muchas otras grandiosas manifestaciones de la vitalidad progresiva obrera expresadas en actos o en pensamientos, todo un programa salvador, susceptible de gran desarrollo, y absolutamente conforme con el principio de la libertad humana y de la igualdad social?

### **Atavismo y Privilegio**

Dos grandes enemigos tiene ese programa: el atavismo y el privilegio.

El atavismo, la semejanza con los antepasados, es la rutina, la costumbre en lo que tiene de pernicioso y semejante al vicio, que lleva a unos por ambición a erigirse en jefes, en directores, en mandarines, en explotadores de la inconsciencia y de la pasividad de los más, y a otros a someterse, a ser mandados y dirigidos, por torpeza cerebral, por carencia de iniciativas, por falta de determinación volitiva, por no recibir sensaciones internas ni apreciaciones externas, por consiguiente desmayo de la voluntad.

El privilegio, ley particular, ventaja exclusiva, carga onerosa sobre los demás con quienes socialmente se convive, representa la soberbia de los poderosos, fundada sobre la usurpación constante de la riqueza social, santificada por las religiones, legalizada por los códigos y remachada además por el atavismo.

Grandes títulos alcanzó la Asociación Internacional de los Trabajadores a una especie de gratitud histórica, sólo por el hecho de haber revelado a los pobres que tenían un derecho y que eran capaces de conquistarlo en lucha sostenida contra los ricos; o, en otros términos, que los poderes tradicionales que oprimen al desheredado y favorecen al usurpador, por cuanto van contra la razón y contra la tendencia progresiva, a pesar de su fuerza real y aparente, son la debilidad misma ante el ideal emancipador que le sale al paso, aunque esté representado por pobres obreros que reciben los beneficios morales y materiales por medio de la miserable tasa del jornal.

El programa de La Internacional con todas sus audacias progresivas tiene sus continuadores, porque, digámoslo para nuestra confortación y consuelo, la evolución que originó La Internacional y que determinó el período de decadencia de la burguesía capitalista, como ley eterna que es, está en pleno vigor, y nosotros, en esta Solidaridad Obrera mientras no se aparte de la buena vía, estamos en período ascendente siguiendo la obra comenzada, persistiendo en la realización de aquel programa. Hoy po-



demos repetir como nuestras las palabras del insigne tipógrafo Farga Pellicer, pronunciadas en la apertura del primer Congreso Obrero español en Barcelona en 19 de Junio de 1870:

El derecho, el deber y la necesidad nos reúnen aquí para discutir los problemas de la economía social... «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos », dicen los Estatutos de La Internacional, afirmación fundada en el hecho de que no hay institución ni clase social alguna que por la clase obrera se interese; todas las clases que del monopolio y de la explotación viven, sólo procuran eternizar nuestra esclavitud... El capital es el gran tirano que gobierna las sociedades presentes... No hay otra cuestión verdaderamente de fondo en la humanidad que la tremenda lucha entre el capital y la pobreza, entre la opulencia y la miseria... El Estado es el guardián y el defensor de los privilegios que la Iglesia bendice y diviniza, y lo único que nos resta, pobres víctimas del desorden social presente, es, cuando lo tenemos, el salario, fórmula práctica de nuestra esclavitud... Queremos que cese el imperio del Capital, del Estado y de la Iglesia, para construir sobre sus ruinas la Anarquía, la libre federación de libres asociaciones de trabajadores.

## Antigüedad del privilegio

Y no puede ser de otro modo, porque la tiranía de los usurpadores de la riqueza natural y de la riqueza social existe hoy, existía en 1870 y aun algunos siglos antes de nuestra era, y existirá indefinidamente mientras los radicales políticos, atentos a encarrilar las masas obreras hacia los comicios y a congraciarse con los privilegiados a fin de que saluden la futura república con un alza de la Bolsa, den como programa máximo o mínimo, según del lado que se mire, las reformas susceptibles de la sanción de la *Gaceta*.

Y hablo preferentemente de los radicales, por ser los políticos de quienes la candidez popular, la constructora del famoso puente republicano, espera con más fervor la bienandanza paradisíaca, no queriendo ver que al otro lado de los Pirineos gobierna el jefe de los radicales franceses, ejecutor en Marruecos de los planes del capitalismo, y que, en servicio del mismo señor, persigue a los trabajadores en la República con toda libertad, igualdad y fraternidad.

Ahora, si las promesas radicales andan a esa altura, ¿qué puede esperarse de los demás partidos? Dos hombres prestigiosos del republicanismo español han soltado prendas que pueden recogerse: uno, Azcárate, ha declarado que «el poseedor romano es inmortal», con lo que dio a entender que la propiedad individual como la concibieron los romanos y como se establece en los códigos modernos es imperecedera; otro, Melquíades Álvarez, considera como «monumento de gloria el derecho romano, que aun perdura en el fondo

de todas las legislaciones positivas», declaraciones que se confirman recíprocamente para consuelo burgués, que da a los inscritos en el Registro de la Propiedad la seguridad de que cuando vayan mal dadas para la monarquía continuarán siendo en la república los ciudadanos positivos al estilo de los patricios de la antigua Roma, aunque a los plebeyos, a los trabajadores, se les conceda nominalmente el título de ciudadanía.

Pero ¿qué condiciones abonan la eternidad de ese monumento de gloria? ¿Por qué el progreso ha de detenerse ante la propiedad romana? Dos condiciones le abonan únicamente: el atavismo y la legalidad; pero el atavismo se desvanece y se transforma por la obra del tiempo, y la legalidad se reforma y se deroga por el progreso, resumen activo de la evolución y de la revolución.

¿Acaso estará eternamente dividida la tierra en fracciones de cada una de las cuales será dueño un hombre con derecho de propiedad, no sólo sobre el terreno, sino también sobre cuanto produzca o se le una o incorpore natural o artificialmente?

¿Se presumirá eternamente que todas las obras, siembras o plantaciones se hacen por el propietario?

¿Será eternamente el trabajador un jornalero destinado a la producción, recolección y conservación de los frutos para el propietario?

¡Oh, no!

La tierra, como producto natural, si para el legislador es una riqueza individual, para la razón hoy y para la práctica futura es y será una riqueza social de cuya posesión nadie debe quedar ni nadie quedará excluido.

El producto del trabajo, deber cumplido y garantía del derecho individual para el goce de todos los beneficios sociales, no debe darse, no se dará, a cambio de un jornal mínimo al provisto de un papel que le declare propietario.

Y en esa negación justa, humana, salvadora, pronunciada hoy en todos los idiomas del mundo por el proletariado consciente se contiene un pensamiento, una voluntad y una energía que ha de tener su aplicación y su consiguiente triunfo. ¿Quién puede dudarlo?

### **Antagonismo social**

Dada la existencia de un antagonismo social, resultado del antagonismo de intereses individuales, existe consiguientemente un estado de guerra, llamado por unos lucha de clases, fundados en que las injusticias que se cometen en defensa del privilegio y contra los expoliados obligan a éstos a la defensa propia y al ataque contra sus enemigos directos, y por otros, lucha social, porque consideran que no se trata sólo de emancipar económica y políticamente a una clase, sino a todas.

Cuestión de nombre o de punto de vista, indiferente mientras no se mezcle demasiado el atavismo o la escolástica, de que han de

huir los trabajadores como de un peligro y de un vicio de funestas consecuencias.

La verdad es que siendo el privilegio tan antiguo como la primera desviación de la sociedad humana, es correlativa la antigüedad de la explotación y de la tiranía.

En todos los tiempos los privilegiados detentaron el poder, definieron los dogmas, usurparon las riquezas naturales y las producidas por el trabajo o impusieron a los desheredados la obediencia, la fe, la producción y la miseria, y si bien la historia consigna algunos raros destellos de digna rebeldía, tales como el movimiento de los setenta mil esclavos acaudillados por Espartaco contra la soberbia de los patricios de Roma, y la *Jacquerie* de la Edad Media, movimiento de los campesinos contra los aristócratas, nunca hasta los tiempos presentes había tomado la rebeldía carta de naturaleza constante y generalizada.

Existen clases, ya que no han podido sobrevivir las castas; existe antagonismo entre esas clases; está definido el natural, el primitivo, el único ideal social, el que con lógica incontestable se desprende de la unidad de la naturaleza humana, el de la fraternidad por la participación de todas y de todos sin la menor exclusión en el patrimonio universal, formado con todos los bienes naturales y con el trabajo, la observación, el estudio, la metodización, el pensamiento, el sentimiento y la adaptación de hombres y mujeres de todos los tiempos y de todos los países, y únicamente La Internacional, el

proletariado, los trabajadores conscientes que no se dejan agrupar tras señuelos embaucadores por burgueses astutos son los que presentan el verdadero ideal racional humano.

Tan manifiesto es ese antagonismo, que ya apenas pierden el tiempo los privilegiados en discurrir sobre concordancias sociales, sobre la armonía entre el capital y el trabajo, dejando a los poderes públicos que extremen la tiranía dictando leyes excepcionales contra los trabajadores que no saben morir pacíficamente en un rincón, acosados por la miseria.

No hemos codificado los trabajadores ese derecho romano, que no puede ser inmortal sino perecedero y ya decrepito, ni es monumento de gloria sino argolla esclavizados; no somos nosotros culpables sino víctimas de esa legislación que establece que los que producen, recolectan y conservan los frutos, clasificados en naturales, industriales y civiles, sean despojados de ellos, en virtud de un precepto según el cual la propiedad de los bienes da derecho por accesión a todo lo que ellos producen, o se les une o incorpora, natural o artificialmente, y que eterniza esa injusticia, transmitiendo por herencia esos bienes, con esos supuestos derechos, a recién nacidos, que encuentran en su cuna un título que hace mezclar la lactancia mercenaria que les alimenta con sudor, sangre y lágrimas de infelices estrujados por la usurpación legal.

Pero si, en lo económico, con el sentido de la realidad, la burguesía en general no se hace ilusiones acerca del sofisma de la ar-

monía entre lo diametralmente inarmónico, todavía en lo político se trata de que trabajadores y burgueses, llamándose ciudadanos, vayan juntos a fundar una Jauja republicana en que se produzca el milagro de que la accesión de instrucción, higiene, bienestar y alegría a los trabajadores. ¡Como si no existiera una treintena de repúblicas en que la injusticia no tiene nada que envidiar a las monarquías! ¡Como si no hubiera existido en España un ensayo de república que mereció mala nota de Pí y Margall! ¡Como si no supiéramos que en la República modelo, en los Estados Unidos, han llegado los obreros sin trabajo a pensar en reunirse en Washington para morir de hambre a las puertas del Capitolio! ¡Como si recientemente no se hubiera horrorizado el mundo al saber que en Nueva York y en Chicago se ha abierto en nuestros días el mercado de esclavos blancos, después de abolida la esclavitud de los negros tras sangrienta guerra civil! ¡Como si la humanidad no hubiera sufrido el sonrojo de que en aquella República, al lado de los ciudadanos suicidas que se despojan de la vida y de la libertad, hay ciudadanos poseedores de mil millones de dollars!

Es una triste realidad, patente en todas las naciones civilizadas, monarquías o repúblicas, que los grandes progresos mecánicos aplicados a la producción despojan al trabajador del único medio de vida que le queda, que es su oficio, ya que la máquina, monopolizada por el capitalista, aunque sintetizando en su combinación y construcción el saber de muchas generaciones de pensadores, observadores y sabios, toma la primera materia y con rapidez y per-

fección asombrosas presenta productos elaborados sin la intervención de los trabajadores, a lo sumo bajo la vigilancia y auxilio de mujeres y niños miserablemente pagados, de donde resulta, aparte de las causas ordinarias de crisis económica, una crisis suprema, mortal, que ha creado esas masas de *unemployeds*, trabajadores desocupados, que nunca más ocuparán una plaza de su antiguo oficio, que ya no cobrarán aquel jornal que constituía su orgullo de oficial diestro e inteligente, que ya no pueden sustentar una familia con una mujer digna y hacendosa y unos hijos que pasan en la escuela el tiempo necesario para su educación antes de ponerse a aprender un oficio.

A millones asciende en Europa y América el número de trabajadores parados, y harto sabéis que en esta Barcelona, tan enaltecida por burgueses regionalistas cuanto adulada por patriotas políticos de todos matices, abundan a miles los obreros sin trabajo, constituyendo un doloroso problema que no llega a conflicto porque, forzoso es decirlo por ser tristemente cierto, porque la emigración y la muerte, cuando no las vanas esperanzas de los políticos, van allanando las dificultades. Sí, vanas esperanzas para los cándidos que las conciben; criminales esperanzas para los políticos que las inspiran; porque en concepto puramente político son de una verdad aterradora estas palabras de un político socialista que conoce el paño, el jefe del socialismo belga, Emilio Vandervelde: «Las más bellas libertades del mundo se resumen para el proletariado en una sola: ¡la libertad de morir de hambre!»



## La Política

Está admitido por la rutina, aunque no por la razón, que ésta hila más fino, que el gobierno de cada uno por sí mismo es imposible.

Y está no menos admitido, aunque sea no menos racionalmente inadmisibles, que lo que uno sea incapaz de hacer para sí, puede hacerlo bien para los otros.

Tal es el fundamento del gobierno como teoría y como práctica, como derecho y como hecho; de donde se origina la política, de la que, definiéndola, dijo uno: *La política no es ciencia, ni arte, ni oficio, sino artificio*; cuya definición resumió otro en esta disyuntiva: *Sólo hay dos maneras de gobernar los pueblos: por la fuerza o por la farsa*; lo que los gobernantes modernos condecorados con el título de grandes estadistas resuelven en esta fórmula mixta: *La democracia es el gobierno del pueblo por el pueblo*, en que participan por igual la farsa y la fuerza combinadas.

A esa altura nos encontramos: el artificio del mando, sostenido sólo por la fuerza, sería ya la debilidad, porque no hay mandarán obedecido en nuestros días por autoridad propia; hoy se manda por consentimiento popular tanto como por delegación divina, por abulia o por ignorancia, *por la gracia de Dios y la Constitución*, como expresan las monedas de cierto cuño.

Puede decirse que a la fuerza gubernamental fundada en el derecho divino, ya, desacreditado, ha sucedido la fuerza gubernamental

fundada en el sufragio universal, que tiene todavía cándidos creyentes, ambas originadas en análoga superchería, pero la última dotada aún de la fuerza necesaria para imponer la obediencia.

Y así vivimos sin que la legislación avance, y por eso florece en nuestros días la propiedad tal como la concibieron y la consignaron los decemvros romanos en la ley de las *Doce Tablas* hace ya la friolera de dos mil trescientos y pico de años, concordada con la legislación vigente, producto de una revolución tremenda, que la encabezó con la tan famosa como estéril *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*.

Y si en la grande, rica y dominadora Roma había esclavos sumidos en la mayor abyección para el trabajo, para el circo y hasta para engordar en los lagos las murenas que se servían en las mesas de los potentados, así también, tras muchos siglos de cristianismo, de filosofía, de ciencia y de evolución progresiva hay en nuestra civilización moderna jornaleros no menos miserables, que trabajan y que mueren de fatiga, cuando no de hambre, en su patria o en la emigración, porque el progreso industrial, monopolizado por la burguesía, los reemplaza por la máquina.

Con la diferencia de que antes el esclavo era cosa despreciable, fuerza animal no más, con la que no se contaba para nada fuera de lo que constituía su infamada condición, y hoy el jornalero es ciudadano con las prerrogativas nominales anejas a condición tan elevada.

Y así seguirá siendo en repúblicas y en monarquías, con revoluciones políticas o sin ellas, mientras lo que es de todos sea poseído por algunos, y en tanto que la riqueza social, producida por la ciencia y por el trabajo, esté a merced de los ricos improductivos poseedores de millones de monedas, y se acabará cuando los trabajadores desprecien la charlatanería democrática de todos los candidatos más o menos triunfantes, y se propongan organizar racionalmente la producción y su distribución, lo que tendrá efecto a partir del día en que, expropiados los usurpadores, entren todas y todos a gozar de su correspondiente participación en el patrimonio universal.

### **Educación racionalista**

Vemos, pues, el sindicalismo en buena vía en defensa del trabajador y en marcha contra el privilegio, no así contra el atavismo.

Paréceme que se confía demasiado en la fecundidad intelectual de las generaciones revolucionarias y ultrarevolucionarias, es decir, de las que den fin al movimiento evolutivo contra el privilegio y de las sucesivas, y esa confianza, en lo que tiene de excusa de la indolencia intelectual, es perniciosa, porque la influencia tradicional y atávica es poderosa, y por mucho que se le combata hay la triste seguridad de que no se llegará a la última etapa revolucionaria con una mentalidad limpia de prejuicios, errores y supersticiones.

Ante todo no podemos olvidar que nuestros hijos, sujetos como nosotros mismos a sistemática ignorancia, o no reciben instrucción alguna, quedando para formar unidades en la horrible cantidad de

los analfabetos, o reciben esa instrucción primaria ineficaz cuando no contraproducente, sujetos además a la ignorancia de nuestras compañeras, como nosotros lo hemos estado a la de nuestras madres, y con tales elementos vienen indolentes y cansinos al sindicalismo, o quedan rezagados formando la negra legión de los *esquirol* o se dejan seducir fácilmente con las desviaciones burguesas con que a tantos compañeros nuestros extravían la cooperación, la política radical, el regionalismo, el patronato católico y las mil frivolidades y monsergas con que nuestros explotadores nos salen al paso para distraernos cuando no nos amenazan y persiguen para aniquilarnos.

Necesitamos instruirnos y educar a nuestros hijos, considerando esa instrucción y esa educación como los mejores frutos de nuestra solidaridad.

Ha brillado en Barcelona, como aurora feliz, precursora del gran día de nuestra redención, la educación racionalista, y los que hemos visto el poderoso, el ilimitado alcance de la unión del saber y del poder comparado con la impotencia del obrar a tientas en las nebruras del ignorar, hemos contraído el deber especialísimo de ilustrarnos, ilustrar a nuestros compañeros y a nuestras compañeras, educar a nuestros hijos y a nuestras hijas, y anticipar por nuestra ciencia y por nuestra actividad el triunfo revolucionario, hasta crear un medio verdaderamente racional y justo antes que la materialidad de los hechos le haya dado su sanción, a la manera que

concibió Zola aquella Crechérie de *El Trabajo*, en que la revolución social no fue más que un desprendimiento y un desmoronamiento de lo viejo y caduco, que despojó de obstáculos la bellísima organización que ya funcionaba con toda la galanura y toda la grandeza resultado de todas las voluntades racionalmente determinadas para el bien. No insistiré sobre tan bella aspiración; sería sensible dar pretexto para ser tomado por utópico cuando tengo empeño en no salirme de la realidad.

Por lo pronto necesitamos el círculo de estudios sociales para los adultos y la escuela para los niños, y SOLIDARIDAD OBRERA, a querer, medios sobrados tendrá para ello, y si no quiere, si buscara subterfugios para no realizar su implantación, renuncie a lo más rudimentario de su objetivo, porque la ruindad en esta esencialísima materia incapacita para todo.

Para mí la enseñanza racional es como un anticipo de la sociedad futura, es ya en parte la revolución triunfante.

Considerando que hay, usurpado por los privilegiados, un patrimonio universal, que corresponde a la humanidad entera, la enseñanza racional es lo más noble de ese patrimonio, desvinculado del privilegio, puesto al alcance de los desheredados, que por ese hecho dejan de ser esclavos, siervos, vasallos y hasta ciudadanos para ser hombres o mujeres en el pleno goce de su derecho inmanente.

Hasta hoy la enseñanza ha venido siendo la transmisión tradicional del error.

Un dogma religioso, un dogma jurídico y un poder a su servicio eran la base de la sociedad, y la enseñanza necesariamente había de tener por objeto la fe, la obediencia y el temor.

La escuela era un molde, y el pedagogo oficial venía a ser una especie de simbólico Procusto que violentaba los caracteres y las disposiciones individuales de la infancia para que resultaran hombres y mujeres timoratos, creyentes y obedientes.

Pues la enseñanza racional rompe ese molde, licencia al pedagogo Procusto, prescinde de toda metafísica, llama las cosas por su nombre, las examina en sí, en su origen, en su composición y en sus efectos, y se dirige a enseñar ciencia, que es lo que se sabe por principios ciertos, no ya para hacer sabios, sino para evitar que se aprendan errores tenidos por verdades reveladas.

Y no violentando caracteres, ni atrofiando disposiciones naturales, prepara hombres y mujeres que, con su plenitud intelectual, presentarán el verdadero tipo humano, y con sus conscientes energías ahuyentarán el absurdo y la iniquidad de las relaciones sociales.

Tiénesse por cierto que la burguesía logró su emancipación cuando sus filósofos fueron capaces de concebir, escribir y publicar la Enciclopedia. Es probable que el proletariado no logre su ideal hasta que desaparezca de su seno el analfabetismo. Abranse, pues, escuelas donde se fomente la instrucción; dése a nuestros hijos educación racionalista, y habremos así logrado un primer triunfo

moral, y después, tras nuestro futuro triunfo material, la más firme garantía de su estabilidad.

Sírvanos de estímulo la conducta de nuestros compañeros de la Confederación del Trabajo de Francia, en cuyo órgano *La Voix du Peuple* se aboga recientemente por la implantación de las Escuelas Sindicales en razonadísimo artículo del que creo útil reproducir lo siguiente :

En el día los trabajadores quieren librar sus hijos de los envenenadores intelectuales del Estado, como les libraron ya de los de la Iglesia, y lo conseguirán en cuanto reemplacen las escuelas municipales por las escuelas sindicales. Impidamos que nuestros hijos sean resignados e inconscientes para ahorrarnos el trabajo de convertirles luego en rebeldes conscientes: es más metódico y más seguro; es realizar la esperanza largo tiempo acariciada de una educación de libertad, de un aprendizaje de la vida... No es, no puede ser, la educación hecha en nombre del Estado, por medio de sus funcionarios, la que puede preparar individuos capaces de hacer viable una sociedad de hombres libres. No es tampoco en los locales del Municipio ni del Estado, sometidos a sus inspectores, donde se puede enseñar la libertad. La escuela comunal actual, vestíbulo del cuartel, parecerá bien a los que se aprovechan de la miseria y de la inconsciencia de

las masas obreras, porque viene a ser una especie de confección de productos dóciles y de defensores... No se trata de elaborar dogmas sindicales para uso de los hijos de la clase obrera, sino de enseñarles lo esencial, de enseñarles a vivir en la integridad de la vida; no de hacerles una mentalidad de animales indómitos ni de adiestrarles parcialmente contra los hombres y las cosas del orden actual, sino de prevenirles contra la jerarquía y la tiranía y de suscitarles el amor a la actividad útil, a la libertad, a la concordia... La generación que sube y que formará el Proletariado de mañana necesita una mentalidad superior a la de la presente, no una enseñanza que produzca pastores y rebaños, sino una educación que forme individuos que quieran y sepan ser libres; que sean capaces de imponer la *Ayuda mutua* sobre la *Lucha por la existencia* y que lleguen a querer y poder suprimir el Patronato y el Salariado.

## **Solidaridad**

Una solidaridad intentada entre burgueses en Cataluña, me obliga a hacer alguna indicación que limpie de recelos y sospechas el gran principio de solidaridad obrera internacional que da vida al ideal salvador de la sociedad.

Una solidaridad catalana entre catalanes y no catalanes que tienen que perder, a seguirla los trabajadores, resultaría para ellos in-



solidaridad, porque, según las prácticas políticas, además de las económicas, obedecerían al amo y al jefe, y en el reinante antagonismo de intereses formarían enfrente de los suyos, serían cómplices y víctimas a la vez. Un programa mínimo para fundar un gobierno del agrado de esos señores, es asegurar a los privilegiados que nada tienen que temer de lo futuro, que es lo mismo que asegurar a los trabajadores que nada tienen que ganar con él.

Existe una solidaridad, que, si restringida hasta hoy, generalizándose más y más, llegará un día de una manera fatal, necesaria e inevitable a constituir la solidaridad, no ya catalana, ni nacional, ni burguesa, ni obrera, sino mundial, a la cual no se va por los egoísmos de los privilegiados, sino por los altruismos de los desheredados.

Solidaridad humana hay en el saber, pero restricción privilegiada hay en la participación de la sabiduría glorias de la humanidad son los sabios de todos los tiempos, de todas las razas, de todas las latitudes, de todas las naciones, pero su saber, estancado por el Estado en la universidad, se vende a los hijos de los ricos, a aquellos cuyos padres amasaron una fortuna por medio de la accesión con el trabajo de los pobres, mientras nuestros hijos apenas si alcanzan la deficiente instrucción primaria, cuando no pasan a formar la falange de los analfabetos, que como masa ignorante sufre todas las cargas sin la recompensa del menor derecho positivo.

Un descubrimiento científico, un invento industrial, una obra artística, pasan rápidamente desde el laboratorio, el gabinete, el estudio

o el taller del hombre de genio al conocimiento de todo el mundo, y pronto, difundido por la prensa, se le ve ensalzado en todos los idiomas y conocido y aplicado en todos los países. Pero si la obra genial se refiere a la inteligencia o al sentimiento, resulta nula para los sistemáticamente reducidos a la ignorancia; y si modifica los sistemas de producción, monopolizada por los capitalistas, viene a estrechar todavía más el círculo de privaciones a que vive sujeto el trabajador, pobre víctima de la accesión.

A esa gran solidaridad tienen derecho todos los humanos, en virtud del derecho inmanente, imprescriptible, inalienable e ilegislable que todos adquirimos con la vida misma; pero ese derecho se halla negado por los privilegiados, por los usurpadores, por los propietarios, por aquellos que además de constar en el Registro Civil, que se supone nivela a todos los ciudadanos, constan en el Registro de la Propiedad, cuya inscripción es la que da derecho a esas gangas, a esos pluses, a esas ventajosas excepciones, a ese confort, a ese lujo, a esa poltronería insultante e irritante que desde burgués de ínfima clase hasta llegar a la categoría de los millonarios y archimillonarios es como la lepra asquerosa de la desigualdad.

La obra de la Solidaridad humana, interrumpida por los privilegiados, sólo puede continuarse por la Solidaridad obrera general hoy, y mañana, roto el dique autoritario-burgués por la evolución constante y por la revolución futura, correrá libremente por todo el cuerpo social, a semejanza de la circulación de la sangre en un cuerpo

sano y bien equilibrado, que no produce atrofas ni hipertrofas sino que se distribuye por igual desde el coraz3n a las extremidades y recíprocamente.

Y enténdase bien; no crea nadie que al establecer diferencia entre la solidaridad de burgueses y obreros incurra en el absurdo de creer que unos son mejores que otros, no; lo que sostengo es que los intereses de clase, por efecto del antagonismo de que ya he hablado, orientan la conducta de los hombres, salvo excepciones honrosas de parte de los privilegiados que se nos acercan, y vergonzosas de la de los desheredados que van en busca de migajas y desperdicios del gran festín del privilegio.

La burguesía, a partir del uso y del abuso propietario, cuando como clase practica la solidaridad, se aparta más de la igualdad racional, apretando los tornillos de la explotación, llegando hasta formar esos trusts que absorben riquezas inconcebibles.

En cambio el proletariado, última capa social, que si sufre todas las cargas sociales sobre nadie pesa, a nadie deja tras sí como víctima rezagada, da a la solidaridad amplitud universal y humana.

Y esa solidaridad, única esperanza progresiva y emancipadora, aunque sufra fragmentaciones por desviación política, cooperativa y aun religiosa, establecida desde la fecha de la constitución de La Internacional, no se romperá jamás. Si él socialismo la ha desvirtuado en gran parte al nacionalizarse, la sostenemos los anarquistas, quienes, a pesar de ser tachados de visionarios por burgueses

y aburguesados, prestamos a la humanidad el gran servicio práctico de señalarle el ideal, y en esto nuestra influencia es tal, que cuantas eminencias descuellan en ciencias, artes y letras confirman nuestra obra y nuestras aspiraciones.

La Solidaridad es la sociedad misma, es el lazo que une el clan primitivo con la futura sociedad comunista. Sin la solidaridad, de esencia comunista, comunismo que persiste a pesar del antagonismo de los intereses que creó el egoísmo, la humanidad hubiera desaparecido de la tierra.

### **Ni pobres ni ricos**

Compañeros:

El proletariado tiene una idea y por ella, es noble y fuerte: ya, frente al privilegio, no expone sus quejas, no pide misericordia, no reclama justicia.

Sabe que, como el burgués de los talentos de que habla el Evangelio, el privilegio es duro de corazón, y le contestaría, guardándose el dinero, con una censura eclesiástica, o con una sentencia judicial.

No, el proletariado quiere su justicia, que no es la escrita en cánones, códigos ni constituciones, sino que es la justicia humana, la de la igualdad.

No sólo niega que siempre ha de haber pobres en el mundo, sino qué afirma que no habrá ricos que detenten lo superfluo a costa de los que carecen de lo necesario.

No cree que puedan ser bienaventurados los pobres, porque eso daría la bienaventuranza a una fracción de la humanidad excluyendo a la otra.

Su palabra, tomada del programa de La Internacional, es más justa que la del llamado sermón de la montaña, puesto que declarándose enemigo del privilegio hasta cuando pudiera beneficiarle, dice: Bienaventurado el hombre, porque, por su ingénita bondad, por la solidaridad, establecerá la libertad y la igualdad.

## A la Sociedad Arte de Imprimir de Barcelona

Compañeros:

Deseando manifestaros mi gratitud por haberme editado la presente conferencia, hallo sobre mi mesa de trabajo, donde desde que dejé la imprenta me gana la vida, los últimos pliegos de la edición francesa de *El Hombre y la Tierra*, que he traducido, y leo los siguientes pensamientos, que os dedico, con el propósito de que puedan servir como determinantes de vuestra voluntad emancipadora.

...La verdadera, la mayor conquista, aquella de la cual todas las demás son una derivación lógica, es la obtención del pan para todos los hombres, para todos los que se llaman «hermanos», aunque la conquista del pan, tal como el verdadero progreso lo exige, ha de ser realmente una conquista. No se trata simplemente de comer, sino de comer el pan debido a su derecho de hombre y no a la caridad... Gracias a bonos de pan y de sopa distribuidos por personas caritativas, vegetan muchos desgraciados; pero no es probable que la mentalidad reunida de tantos infelices haya tenido la menor importancia en la historia de la civilización: el hecho mismo de haberse alimentado sin que afirmasen su derecho, y quizás también la obligación de atestiguar su gratitud, prueba que se tenían por simples detritus sociales. Los hombres libres se miran frente a frente, y la primera condición de

esta franca igualdad es que los individuos sean absolutamente independientes, cada uno respecto de cada uno, y ganen su pan por la mutualidad de los servicios... ¡Atrás esa fea caridad cristiana! A los conquistadores del pan, es decir, a los hombres de trabajo, asociados, libres, iguales, desprendidos del patronazgo, se halla entregada la causa del progreso. A ellos tocará introducir al fin el método científico en la aplicación a los intereses sociales de todos los descubrimientos particulares. La naturaleza no ha puesto ningún término a nuestras esperanzas. Cuanto más se pide a la naturaleza humana más da; sus facultades se exaltan con el ejercicio y no ven ya límites a su poder.

Compañeros:

Precaveos contra toda desviación, proseguid resueltamente por la buena vía, aproximad el momento de la conquista del pan.

Salud.

Anselmo Lorenzo

ESTÁ CONFECCIONADO POR  
OBREROS ASOCIADOS A ARTE DE IMPRIMIR DE BARCELONA  
SOCIEDADES que han contribuido a la edición del presente folleto

	pts.
Pasteleros y confiteros (mitad como donativos y mitad como folletos)....	5,00
Artística culinaria.....	2,50
Obreros fotograbadores.....	2,00
Litógrafos “La Solidaridad”.....	10,00
Pintores “Nueva Semilla”.....	3,00
Arte de Imprimir.....	25,00
Ramo del Agua y Arte Fabril.....	15,00
Encuadernadores y Rayadores.....	15,00
“Tierra Libre”.....	3,00
Constructores de Carruajes y Herradores.....	5,00
Sindicato Arte Fabril de Tarrasa.....	15,00
Federación Obrera Local de Vich.....	5,00
“El Trabajo” de Sabadell.....	5,00
Grupo “Silencio... y meditat”.....	4,50
Suma.....	115,00

A los Corresponsales y paqueteros el 30 por 100 de descuento.

Establecimiento Tipográfico de la Viuda de Joaquín Solé, Mina, 8,  
Barcelona